

llos que hablan pestes de Biarritz y de San Sebastián. Por la playa pululan sombrerillos, y las voluptuosas olas reciben sacos llenos de carne nerviosa, que luego vuelven á la playa y tiritando se embaúlan en las frágiles garitas. Oyese conversación chispeante, agudezas, rumor de críticas y murmullos de política menuda. También suena la cancamurria de sáficos versos, y alguna poetisa deja ver su pálido rostro y oír estupendos dichos y sentimentales observaciones.

Para que nada falte, también hay expediciones á cercanas grutas; que si no hay olla sin tocino, tampoco hay hidroterapia sin estalactitas, ni mal de nervios que se prive de la fácil medicina de los paisajes.

Las maletas vuelven á Madrid llenas de pedruscos, de caracolutos y conchas, con los cuales se prueba á muchos incrédulos que hay mar. La concurrencia es alegre, escogida y abundante, aunque no tanto como merece Comillas.

VI

San Vicente de la Barquera.

Las marismas de la Rabia son tristes, solitarias, más solitarias y tristes á causa de su extensión. En las orillas bajas no hay pueblos, ni caseríos, ni bosques, ni los ver-

des collados que tanto abundan en este país. Las árgomas, un linaje de hierbas espinosas que se adornan de florecillas menudas, parecidas á las de la retama, invaden todo el suelo. Lo que de éste queda libre se lo toman para sí los helechos, que extienden su dominio absoluto allí donde no entran jamás arado, ni dalle, ni azada. En la Rabia debieran existir hermosos y espesos pinares; pero no hay nada más que charcos salobres y cien mil islas bajas, formadas por intrincado dédalo de canales, que unos á otros se quitan ó se dan el agua, según sube ó baja la marea.

Unese luego el camino á la carretera de Torrelavega á Oviedo, y poco después, vencidos los cerros que dominan la ría, se distingue el incomparable panorama de San Vicente. La inmensa anchura del valle á cuyo extremo se alza esta villa, la proximidad del mar, la gallarda situación del caserío entre dos puentes, las lejanas y altísimas montañas que forman un fondo majestuoso y parecen agrandar aún más el paisaje, hacen de esta perspectiva una de las más admirables y sintéticas que pueden ofrecerse á la vista del viajero. Allí todo es inmenso: tierra, cielo, montes, praderas, río, mar, marismas. Hasta el mismo pueblo de San Vicente parece un pueblo de primer orden á causa de la maravillosa fantasmagoría que produce su situación al pie del cerro, en cuya cima está la iglesia; reflejando en el agua dormida sus casas pintorescas, alargando á

una y otra ribera sus dos puentes como brazos con que se sostiene en los montes para poder zambullirse mejor en el agua. Tan bello es esto, que verdaderamente da pena el ver que á continuación de la perspectiva de San Vicente, venga San Vicente mismo, cuando lo mejor sería que después de ofrecerse en imagen lejana y fascinadora á los ojos del atónito pasajero, desapareciese y se ocultara allá entre hierbas de la mar, ó que se desvaneciera como las figuras del humo en los aires.

Pasando el gran puente del siglo vi, de treinta y dos arcos, sentimos verdadero estupor al ver que no se entra por allí á un pueblo como Glasgow, Hamburgo ó Nueva York. No se comprende que aquella gran ribera haya sido criada por Dios para sustentar al pobre San Vicente, y que las inmensas marismas que quedan atrás no sustenten miles de calles y plazas donde hierva gentío afanoso; no se comprende que esté tan cerca un mar sin barcos y un abra sin puerto, y un río sin fondo ni muelles, y que toda aquella singular belleza y amplitud sean tan sólo un gran charco de lodo salobre donde mojan sus cimientos algunas casas añosas, tristes y negras, como los pensamientos del desesperado.

Al fin, el puente se acaba, y es preciso entrar en la villa. Un convento que fué de Franciscos parece que vigila la entrada. Torciendo á derecha mano, después de hacer una reverencia muy devota á lo que fué

asilo de aquellos humildes siervos de Dios, entramos en la calle principal de San Vicente, una especie de avenida de fango, limitada á la izquierda por larga fila de altos caserones con zancudas arcadas, y á la derecha por la muralla inmediata al río. A un lado, obscuras y feísimas tiendas, balcones de hierro, en los cuales parece haber trabado el mismo Vulcano, según son de pesados y antiguos; á otro, serena extensión de agua en que nadan gruesas vigas de roble, y en los muelles ni un buque, ni una grúa, ni un tonel, ni una caja, ni un cable, ni un ancla rota. Semejante á una choza de pescadores, allá lejos, junto á la orilla, está el santuario de la Barquera, donde no faltarán imágenes ante las cuales recen los hijos del país, siempre que no tengan otra ocupación peor en que invertir las pesadas horas.

Para ver el resto de San Vicente, hay que abandonar la calzada llana y trepar por las empinadas calles que conducen á la hermosa iglesia ojival. Pero entonces el asombro del viajero sube de punto viéndose rodeado de imponentes ruínas, como si la villa hubiera padecido terremotos é incendios horribles, sin tener después una mano solícita que la reedificase. Por un lado y otro se ven enormes muros, rotos arcos y restos de edificios que fueron vivienda de hidalgos familias, y que hoy son esqueletos coronados de yedra, cuya espantosa fisonomía pone miedo en el corazón. Tristeza más honda que la tristeza de Santillana es la de San Vicente,

porque la villa del Marqués conserva en su momificado y entero rostro la forma y aun la expresión de la vida, mientras este desbaratado pueblo marítimo ha sufrido la postrera descomposición de la carne, y los vientos de la mar y la lluvia del cielo le han arrebatado partícula tras partícula, dejándolo en los puros huesos.

Aumenta nuestra pena al oír que el origen de tanta ruína no ha sido un cataclismo como en Pompeya, ni maldición del cielo como en Jerusalén, ni fuego de Dios como en Gomorra, sino decadencia pura por ley del tiempo. Por esto San Vicente de la Barquera tiene algo de la majestad de Itálica. Pero el *amarillo jaramago* de esta pobre villa no es tal que despierte un exagerado afán de llorar sobre él, ni de extasiarse largas horas contemplando las nobles piedras, ó leyendo lo que quede de algún escudo comido de los años, y las últimas letras de la inscripción heráldica que el dedo del tiempo ha empezado á borrar.

En San Vicente ha rodado, al parecer, la cuna ilustre, no sabemos si de *marfil y oro*, del inquisidor don Antonio del Corro, cuya hermosa estatua existe en la iglesia, atenta á la lectura de un libro. La expresión y belleza son tales, que el observador se detiene instintivamente y aguarda con ansioso afán á que el reverendo levante la marmórea cabeza y aparte del libro los ojos sin pupilas para mirarle á él. La semejanza de este enterramiento con el que existe en la capilla

de Bedmar, de la catedral de Sigüenza, es grande, y su mérito no inferior al de esta primorosa obra de arte.

Salgamos ya de San Vicente. No sólo lo exige el plan de la expedición, sino también el atractivo del hermoso país que rodea á la villa caduca y del cual jamás se sacian los ojos. Pasamos otro puente y subimos el repecho del camino de Asturias. Desde allí el panorama no es menos admirable que cuando se baja por la otra orilla en busca del puente largo. Los charcos de las marismas que rodean á San Vicente ofrecen el más complicado mapa que puede imaginar el delirio de la geografía. Todas las combinaciones posibles de rayas de agua, discurrendo sin orden ni tino por entre juncos; todas las formas geométricas de islas y penínsulas que serían posibles si estuviese en proyecto una nueva creación del mundo, se ven allí, y nadie puede eximirse de observar con pueril atención tan graciosa cosmogonía. Entre estos caprichosos juegos del agua y el fango, se alza el cerro de San Vicente muy semejante al lomo de un cocodrilo, y después las múltiples series de colinas que escalonadas suben sirviendo de plinto á los montes, y en último término las descomunales crestas de Andara, último esfuerzo de la tierra para llegar al cielo.

VII

Las Tinas.

La hermosa costa de esta provincia aparece menos risueña á medida que avanzamos hacia el Oeste; pero, en cambio, es más grandiosa, más imponente, ó si se quiere, más varonil. El viajero que sigue este camino marcha de la tierra del idilio á la de la epopeya. El valle de Torrelavega, Reocín, Alfoz de Lloredo, Cabezón de la Sal, están pidiendo caramillos; pero en estos montes parece que resuena el cuerno de aquellas cacerías legendarias en que un oso se marendaba un rey. Allá todo es ameno y patriarcal; aquí, sublime y guerrero. Al ver las soberbias figuras que á lo lejos conservan en sus altos capacetes los últimos rayos del sol, la imaginación no puede apartarse de los héroes de la Reconquista. Dejamos atrás al Marqués de Santillana, poeta y cortesano, y las deliciosas tierras que podemos llamar abuelas, si no madres, de Quevedo, Calderón y Lope de Vega. Ahora todo el país adquiere un tinte extraño de fortaleza y rudo vigor, y cuanto alcanza la vista está lleno de don Pelayo.

Cae la tarde, y las orillas del Nansa se nos presentan tristes y solemnes. Es cau-

daloso el río, y marcha tranquilo y grave hacia el mar, sin ruido, sin bullanga, entre márgenes solitarias. Pero ya cerca de su desagüe, los montes parece que quieren detenerle el paso, lo cercan, lo acorralan, reflejando sus negras masas en la superficie de él. Nansa se aturde; da dos ó tres vueltas, como si meditara qué resolución debe tomar en presencia de tan grave apuro, y al fin por un boquete angosto descubre el mar. No vacila, toma su partido, y se arroja fuera de la tierra con tanta prisa, que es evidente su intención de no volver más á ella.

Esta situación de los montes, que parecen querer estorbar que el río cumpla su destino, yendo á parar al mar, como la vida entra en el morir, es lo que produce el aspecto de tina, dando origen al nombre de Tinamenor. La mayor está más allá, en el vago curso de otro río á quien las montañas se empeñan en atajar también. Este es el Deva, límite entre Santander y Asturias.

Tinamayor no es menos triste que su compañera, porque los montes que la forman proyectan una sombra fatídica sobre el agua que en gran caudal baja de Liébana. El Deva describe una gran curva, y apenas se ve su salida, que es estrecha, tortuosa y oblicua, al modo de evasión carcelaria. Se desliza por una juntura, haciendo gentil burla y desprecio de la fuerza que quiere oponérsele.

La orilla izquierda es llana y baja, y ningún incidente marca el paso del agua en la

gran curva que forma la corriente; de modo que si entra algún buque, aparecen sus mástiles en medio de un verde prado. Un par de pataches había en Tinamayor cuando visitamos este extremo de la gran Cantabria, y la escasa luz de la tarde no nos permitió determinar bien lo que significaban aquellos escuetos palos aparentemente plantados en tierra como árboles de cucaña.

Unquera es la margen derecha de tierra santanderina. Bustio la izquierda orilla en el reino de Asturias. Un puente interprovincial, fabricado con vigas, une estos dos caseríos, bastante frecuentados por carros y diligencias. Se parece tanto aquello á un lindero entre dos naciones, que no se puede resistir la tentación de pasar el puente y poner el pie en tierra de Asturias; pero todo es igual, el suelo y la gente; idéntico el lenguaje florido que en una y otra parte hablan los carreteros.

Pocos atractivos ofrecen Unquera y su parador de Blanchard, donde un francés-industrioso da de comer á los pasajeros que frecuentan aquel camino. El parador, dicho sea en honor de la verdad, tiene tan marcado y patente su parentesco con las antiguas ventas, que no es necesario preguntarle su abolengo. Sólo en la cocina se echa de ver que anda por allí la mano de un francés, no tan sólo por los nombres exóticos de los platos, sino porque gran parte de lo que allí es servido se puede comer y aun resultar sabrosísimo al sentido del gusto,

mayormente si éste no ha tenido gran cosa que hacer desde Comillas.

Pero lo característico del establecimiento Blanchard es el ruido, que ofrece allí todas las variedades y clases diversas de lo sonante, en tales términos, que la humana oreja no tiene nada que desear. El que haya pernoctado en Unquera lo ha oído todo, porque los techos, los pisos, los tabiques, la escalera del frágil mesón, han sido hechos con habilidad suma para que ni el más leve rumor se escape. Como no es posible admitir que ningún nacido haya logrado conciliar el sueño á orillas del Deva, puede suponerse de qué modo retumbará en el cerebro del viajero dormido aquel horrísono estrépito de coches, el pisar de las fatigadas caballerías, la charla de los pasajeros que entran y salen, y el incesante ladrido de todos los perros del mundo congregados en las inmediaciones.

El solícito arquitecto, ansioso de que su obra no dejase nada que desear, debió tomar todas las precauciones para evitar que algún viajero sibarita se entregase á los nefandos deleites del sueño. Atento á realizar su humanitario plan, dispuso que debajo de los dormitorios estuviese la tienda de comestibles y cantina, donde debían congregarse los mayores y trajineros para hacer sus libaciones. Gracias á esto, cuando alguno de esos holgazanes que viajan por puro gusto de viajar, se mete entre las sábanas y pide á la almohada un poco de reposo, se

ve de súbito sorprendido por chispeantes diálogos, por galanas disputas, por apóstrofes y blasfemias de aquéllas que levantan ampollas, y adquiere preciosas noticias sobre mil asuntos que algún día podrán serle de gran utilidad.

Muchos viajeros, y entre éstos hubo de contarme, se dan á todos los demonios, y hasta sostienen que aquello no es teatro, sino morada de hombres cansados que anhelan soledad y silencio.

Todo en el mundo tiene remedio, hasta los insoportables ruidos de Unquera; y nosotros adoptamos uno eficazísimo, que consistió en despedirnos del parador, tomando, al despuntar de un nebuloso día, el camino de Peña-Mellera remontando el Deva.

VIII

San Pedro de las Vaderas.—Panes.

Aquel río, harto de salmones, es en extremo pintoresco. Todo en él es bonito, el agua y las riberas. Remansada aquélla en algunos sitios, en otros corre con ímpetu, arremolinándose en los hondos pozos, bullendo en graciosas cascadas, y mostrando en su superficie verdosa cambiantes de luz y fajas luminosas, semejantes á estelas de invisibles naves. La tierra ostenta magníficas

praderas y bosques de seculares castaños, cuyos deformes troncos, torcidos y patizambos, parecen cuerpos de ancianos inválidos que apenas pueden tenerse; pero en sus ramas muestran tal cantidad de erizos, que es forzoso bendecir la senectud fecunda de aquellos Matusalenes cargados de descendencia.

En este valle aparece el verdor de los campos salpicado de piedras y manchas pedregosas, señal de la proximidad de los montes; pero, á pesar de esto, el paisaje es tan alegre como extenso y variado, contribuyendo á ello la amplitud del horizonte y el grandor de los términos.

La carretera ofrece una particularidad notable, y es su pendiente inútil en la margen izquierda, para bajar después, no existiendo razón que justifique tal trazado. Estos son los inconvenientes de entregar las obras públicas á ingenieros enamorados, que hacen esclavos de su insensata pasión á los inocentes traficantes y pasajeros, pues, según la pública voz, la incomprensible cuesta de San Pedro de las Vaderas no tuvo otra razón de ser que la existencia de una casa á la cual iba el ingeniero con más frecuencia de lo que sus ocupaciones consentían. Es lamentable que aquel hombre sensible llevara su galantería hasta el punto de hacer desfilar á todos los viajeros de Peña-Mellera bajo las ventanas de una dama. Grande homenaje se debe á la hermosura, pero no tanto.

Panes, humilde pueblo enclavado en territorio de Asturias, nos ofrece dos hileras de casas modestas y alegres, y algunas personas amables que nos brindan hospitalidad generosa; pero no podemos detenernos, porque la atracción de la Hermida, irresistible como el vértigo de los abismos, nos llama hacia adelante, y es forzoso dar el gran paso antes que decline el sol. Seguimos avanzando, y de pronto todo cambia: país, suelo, ambiente, luz. Parece que se acaba el camino y la tierra habitable. Enormes piedras altas, flacas, puntiagudas, escuetas, hurañas, nos salen al paso, mejor dicho, nos lo cierran. Vemos frente á nosotros una horrible boca, una grieta, cuya profundidad se ignora. Vacilamos un instante; pero viendo que el camino entra, entramos también, llenos de asombro los ojos y con algo de miedo en el corazón. Durante largo rato los tres viajeros nos miramos en silencio.

IX

Las Gargantas.

Llaman á esto Gargantas; debiera llamársele el *esófago de la Hermida*, porque al pasarlo se siente uno tragado por la tierra. Es un paso estrecho y tortuoso entre dos paredes, cuya alta cima no alcanza á percibir

la vista. El camino, como el río, va por una gigantesca hendidura de los montes resquebrajados. Parece que ayer mismo ha ocurrido el gran cataclismo que agrietara la roca, y que de ayer á hoy no han hallado las dos empinadas márgenes su posición definitiva. Todo se mueve allí como si no tuviera base. La vista no puede convencerse de que aquellas ingentes baldosas que se han puesto de pie, puedan permanecer así mucho tiempo. Allí, el pánico que precede á los grandes desplomes es permanente, y el viajero anda en perpetuo susto, viendo una cordillera suspendida sobre su cráneo.

En algunos sitios, la enorme muralla deja de ser vertical y se inclina hacia afuera, amenazando; en otros, se tiende hacia atrás como para abrir paso; toda la roca es blanca, y en sus agujeros crecen árboles negros. Allí no hay tierra sino en mezquinos huecos y grietas, y á ella se agarra la vegetación, hambrienta y desesperada. Hasta en lo más alto se ven árboles entecos que parecen trepar, asidos unos á otros, poniendo en tierra un pie ó una mano, y en algunos sitios todo se derrumba, plantas y piedras, en espantosa caída.

El rumor del río, lento, igual siempre, monotonamente, acompaña todo el tránsito, y se le oye como la respiración de aquel abismo cuyos hondos pulmones mueven una y otra corriente de aire en las cañadas, angostas cual las sendas de la virtud. También allí tiene afluentes el Deva. Mira uno á derecha

ó izquierda, y ve bajar despeñado, insensato, furioso, un arroyo, mejor dicho, un chorro que rompe su cristal espumoso contra mil peñas que á cada paso quieren detenerle. Por otros lados, los arroyos son quietos y mudos, porque son de piedras diversas y cantos rodados que en tropel descienden de las alturas. Les vemos inmóviles como catarata petrificada; pero cuando llueve, ruedan con estrépito confundidos con el agua.

Los recodos y ángulos de esta horrible grieta suspenden y embargan el ánimo. Díjérase que acaba el camino y que hemos llegado al último punto de tan angustioso viaje; pero la angostura sin fin da una vuelta, y nos muestra algunas varas más de terreno llano, y nuevas murallas, nuevas amenazas de peñones gigantescos colgados del cielo. Allá arriba, en lo más remoto, cuando las montañas no puedan subir más, alargan desnudos picos, manos convulsas que increpan al cielo con gesto terrible; pero no es fácil precisar la forma de tan extraña crestería, porque ni siquiera parece fija, sino movable como un erizamiento de cabellos desgredados que el viento agita, ó la hinchazón irregular y caprichosa de gigantescas espumas.

Si en algunos lugares del paso no se ve nada más que un muro vertical, en otros las atrevidas torres, los minaretes, los chapiteles y agujas de mil facetas dejan atrás la arquitectura más variada y rica. Bóvedas y grutas se encuentran á cada paso y monoli-

tos inmensos, que semejan hombres gravemente sentados, ó dioses reunidos en corrillo. Gran parte de lo que por muchos siglos estuvo en lo alto, se ha despeñado y ha caído al suelo; aquí y allá yacen enormes pedazos, á semejanza de ídolos rotos que obstruyen el paso del río.

La imaginación se excita, y el sublime espectáculo que ven los ojos se aposenta dentro del cerebro con tanta fijeza, que al fin parece que todo es obra del espectador mismo, una grande y tormentosa fantasmagoría de masas en lucha, como las que se revuelven en las angustiosas cavernas de una pesadilla.

Se llega al fin á un punto en que las montañas nos dan algún respiro separándose un poco. De su seno pedregoso nace ante nuestra vista un pueblo con media docena de casas y un establecimiento de baños. Aquí el agua no podría ser fría, ni aun tibia como en otras partes, y mana hirviendo y humeando. Estamos en la Hermida.

X

La Hermida.

Cuando se fundó este lugar, debía estar ya ocupada toda la haza de la tierra y no existir un solo pedazo de suelo donde poner la planta. Sólo así se comprende que haya un pueblo en medio de las Gargantas. Verdad es que el rico manantial de aguas termales disculpa este escandaloso lujo de colonización. A la Hermida, durante el verano, suele bajar el sol con gran contento de los vecinos, pobres anacoretas ó quizás hombres llenos de pecados que anhelan limpiarse de ellos con acerba penitencia.

El establecimiento de baños es muy semejante á los que debieron estar en moda en tiempo de nuestro padre Adán. Los bañistas, si quieren serlo, se sumergen á la intemperie en anchas cubetas, libres de todo miedo á los aires colados. Luego pueden ponerse á secar al sol, como ropa; y si después de esto se curan, ya no tienen razón alguna para dejar de creer en los milagros. Es en verdad muy sensible que perteneciendo las aguas de la Hermida á una persona ilustrada y rica, no exista allí un establecimiento siquiera como los peores de nuestro país. En este caso, los manantiales hirvientes serían

apreciados en su justo valor, y aquella solitaria Tebaida recibiría visitas de gente sentimental ó enferma, convirtiéndose en lugar de peregrinaciones estivales. Tal como hoy está, ofrece la Hermida un ejemplo arqueológico del sistema de hidroterapia empleado en los tiempos que llaman prehistóricos; y si esto no carece de encantos para ciertos turistas, es con la condición indispensable de estar allí poquísimos días, el necesario tan sólo para ver cómo se baña la gente y poderlo contar después.

La ermita de San Pelayo es, después de la iglesia de Lobeña, el edificio de más importancia que se encuentra en todo el trayecto de las Gargantas, no inferior á cuatro leguas. Difícil es saber quién es el santo allí venerado; pero debió de ser hombre muy grande, á juzgar por sus lágrimas, unas piedras mayores que la iglesia.

Lobeña tiene mejor situación que la Hermida. Está en sitio algo más abierto y en un repecho á donde no es fácil pueda llegar el Deva cuando lo hinchaban las aguas de invierno; pero aun así, es muy digno de lástima todo ser á quien tocó nacer en tal pueblo, á pesar de que debè suponerse bajo el amparo de San Pelayo, que lloraba montañas. Si en verano se le caen á uno encima las dos filas de inmensos peñascos, puede suponerse cómo serán aquellos lugares en invierno, cuando está oscurecido el sol durante meses largos; cuando los vientos silban dentro de la angosta cañada, soplando en ella como

en una corneta, y cuando caen chorros de agua arrastrando piedras y murmurando imprecaciones por las laderas abajo, como condenados que van camino del Infierno.

En verano pasamos la famosa garganta (también llamada *Hoz de Potes*), y no logramos salir de ella sin que se nos nublará el sol y se alterara la serenidad del día, haciendo de aquel antro una mansión de demonios. Una de esas tormentas que tan comunes son en el país cántabro, nos sorprendió en Lobeña, atajándonos el paso; pero en realidad podía perdonarse la contrariedad por la magnificencia del espectáculo y la grandeza del sonido, que nos daba idea de los ecos del valle de Josafat en el terrible día postrero. El que no ha oído retumbar un trueno dentro de las angosturas de la Hermida, no conoce el tono en que habla Jehová por boca de Isaías. El viento, penetrando por un extremo, recorría bramando todo el conducto, y parecía que sacaba de su asiento las deformes rocas. En todas las cuevas y en las grietas todas daba un grito para despertar a los duendes dormidos. Lo más imponente era cuando en mitad del camino se encontraba con otro viento que venía furioso por el lado Sur. Chocando uno con otro, como guerreros iracundos, se revolvían allí con estrépito, haciendo remolinos y bufando de rabia, diciéndose las más atroces herejías y desgreñándose con furor, hasta que el uno lograba vencer al otro, le hacía volver atrás, y después le iba persiguiendo y dándole ca-

za por toda la quebradura, sin cesar de hostigarle con tremendos resoplidos y balbucientes injurias.

También cayó agua; mas no quiso Dios que fuera en abundancia, y pudimos seguir. Comprendíamos lo que aquello será en las noches invernales, cuando se desgajen en agua los cielos. Entonces, seguramente no será fácil el paso, porque las empinadas cumbres de ambos tajos se dejarán arrancar lo que en ellas existe de frágil y movable, y conmovidas la informe arquitectura y las góticas torres, sobre el camino y sobre el río lloverán catedrales.

Por fin volvemos al mundo; por fin nos arroja de sí el formidable monstruo de piedra que nos tragó, y ya Cillorigo nos muestra ancho espacio y tierras extensas donde puede espaciarse la vista. Parece, como he dicho antes, que despertamos de una pesadilla, ó que volvemos del letargo angustioso de una gran jaqueca. Los derrumbaderos y horribles precipicios de nuestro cerebro se disipan, y la dulce imagen de lo llano, de lo apacible, de lo apropiado á la planta y á la existencia del hombre, llena nuestra mente. Todo te anuncia ya, ¡oh deseada Potes! villa ilustre y señora de estos adustos lugares.

XI

Potes.

Preceden á este singularísimo pueblo grandes viñedos en laderas no muy frondosas. Los bosques se ven á lo lejos, más allá de las alturas donde tiene su atalaya vigilante el buen Santo Toribio. Potes se vanagloria de poseer en su reducido término toda la flora de España. Sus viñedos dan un mosto mejor que el buen chacolí, fresco y puro como el Burdeos. Sus olivares dan aceitunas como judías, y sus garbanzos, menudos como perdigones, son sabrosísimos sobre toda ponderación. Pero la gloria de Potes está principalmente en sus jamones, que, si no llegan á los de Trevelez, superan á lo mejor de Westfalia, é igualan al nobilísimo de York. Todo allí es bueno, aunque chico. El queso lebaniego, que se vende en los mercados de los lunes, es semejante en picor y horrible fragancia al más celebrado Roquefort.

La villa es indescriptible, pues faltan fórmulas á propósito para pintar las casas jibosas de la calle principal, estrecha y negra como alma de usurero. Hay, no obstante, algunas hermosas casas solariegas, y la plaza de soportales es, no sólo transitable,

sino buena y casi casi bonita. Desde allí se ve un torreón señorial de agradable aspecto y la grandiosa perspectiva de la montaña, cuyos grandes y escuetos picos blancos parecen dedos que están tocando el cielo. "Allí están los osos," nos dicen; pero comunmente, los que hablan de estos animales no los han visto más que en sueños.

La villa, sus habitantes y los campesinos de Liébana que se reúnen en ella los domingos, no tienen semejanza ni parentesco con las villas y gentes de la Montaña. La fraternidad administrativa no puede quitar á Potes su fisonomía absolutamente leonesa. Se ve en todo un sello y un colorido singular que no pueden expresarse fácilmente sino diciendo que no está aquel país bajo el imperio de la vaca, sino bajo el de la oveja. Una de las cosas que más llaman la atención en esta villa es el predominio de la lana negra en los trajes de hombres y mujeres, en los sacos de trigo, en las telas burdas que venden, y hasta en los cordeles con que atan sus mercancías. El día de mercado, cuando se mira éste desde los balcones de la fonda, parece, según la expresión de uno de mis compañeros de viaje, que se ha derramado un tintero sobre la plaza.

El grande y más legítimo orgullo de Potes es haber sido cuna del insigne artista Jesús Monasterio.

XII

Basta.

Ha llegado la hora de desandar lo andado, poniendo fin por ahora á nuestra expedición. Otra vez será más larga, y arrancando de esta villa de Potes no terminará sino allí, en el más alto pico practicable de las Peñas de Europa, donde se forja el rayo y están en acecho las tempestades, aguardando el momento en que viven más divertidos los hombres para caer sobre ellos.

Volvemos á recorrer la garganta de la Hermida, esta vez á la luz de la luna, que la alumbrá con tristísima claridad, asemejando los tajos á gigantescos sepulcros de siglos, donde duermen el sueño eterno las edades pasadas. Pernoctamos en Panes; saludamos de lejos á Unquera, deseando muy buenas noches á los que se albergan en el parador, y pasado el río Nansa y los dos puentes de San Vicente, llegamos á la bifurcación del camino. Preferimos el del interior, y visitamos á Treceño, Cabezón de la Sal, Casar de Periedo, Barcenaciones, Quijas y otros amenos lugares de esta deliciosa comarca, la más risueña de la Cantabria occidental.

He descrito á grandes rasgos este viaje.

tan sólo por complacer á cariñosos amigos montañeses, y seguro de que no podría en manera alguna reproducir en el lenguaje escrito las bellezas y el inmenso atractivo del país cantábrico. Después de hecha la prueba, siento que mi primera resistencia hubiera flaqueado poniéndome en la tentación de probar fortuna. Tiene la provincia de Santander grandísimo estorbo para escribir acerca de ella, y es que los eminentes literatos montañeses han tratado con singular destreza cuantos elementos atesora, no dejando nada para los intrusos. Esto debe poner gran recelo en el ánimo de todo el que quiera escribir de cosas santanderinas.

La naturaleza y el suelo todo de la Cantabria ha sido descrito con poético y gallardo estilo por el insigne escritor D. Amós de Escalante, y las costumbres rurales y urbanas de tan encantador país, han sido pintadas magistralmente por la inimitable y seductora pluma de D. José María de Pereda, á cuya generosa amistad debo las delicias de este viaje, realizado en su grata compañía, juntamente con la del Sr. D. Andrés Crespo.

En lo relativo á erudición y arqueología montañesa, hay muchos y muy buenos escritos del mismo Escalante, de Asas, de Ríos y Ríos, de Menéndez, de Leguina, Casa-Mena y otros. De modo que para los advenedizos queda muy poco. Bien sé, pues, que no añado nada, absolutamente nada á lo que los montañeses saben de su país, y que muy

poco enseñó á los extraños que no lo conocen; pero no estaba en mí escoger la prueba de consideración más apropiada á preciosas amistades de aquella tierra, y he tenido que tomar ésta que fácilmente se me venía á la mano, y cuyo único valor consiste sólo en la gratitud que representa.

Septiembre de 1879.

LEOPOLDO ALAS ⁽¹⁾

(CLARÍN)

Creo que fué Wieland quien dijo *que los pensamientos de los hombres valen más que sus acciones, y las buenas novelas más que el género humano*. Podrá esto no ser verdad; pero es hermoso y consolador. Ciertamente, parece que nos ennoblecemos trasladándonos de este mundo al otro, de la realidad en que somos tan malos á la ficción en que valemós más que aquí, y véase por qué, cuando un cristiano adquiere el hábito de pasar fácilmente á mejor vida, inventando personas y tejiendo sucesos á imagen de los de por acá, le cuesta no poco trabajo volver á este mundo. También digo que si grata es la tarea de fabricar género humano recreándonos en ver cuánto superan las ideales figurillas, por toscas que sean, á las vivas figuronas que á nuestro lado bullen, el regocijo es más intenso cuando visitamos los talleres ajenos, pues el andar siempre en los propios trae un desasosiego que amengua los placeres de lo que llamaremos creación, por no tener mejor nombre que darle.

(1) Prólogo á la tercera edición de *La Regenta*.